



*“Por partes”*

Llevamos meses abordando grandes cantidades de bibliografía con el fin de poder dar respuesta a esta pregunta. Teóricamente, todo es mucho más fácil, pero a la hora de la verdad no sabría muy bien por dónde empezar.

En primer lugar, y siguiendo a Cortina (2017) entendemos discursos de odio como todas aquellas formas de expresión que atienden contra los derechos básicos de una democracia, es decir, contra la igualdad y la dignidad.

En el momento en el que se nos propuso esta actividad, tuve que pedir ayuda a mi profesora, porque de verdad que no era capaz de mencionar cómo me afectaba ni un solo discurso de odio. Para llegar al resultado final que es este relato, he tenido que pasar por un proceso de introspección que no estoy acostumbrada a realizar.

Una de las razones por las que me cuesta identificar esas repercusiones que tienen los discursos de odio sobre mí, es porque me considero una persona privilegiada, y de hecho, creo que lo soy. Para ponernos en contexto, soy una persona blanca que viene de una familia de clase media (aunque en este momento ya no me queda muy claro el límite de cada clase) donde nunca me ha faltado de nada, pero siempre me han enseñado a darle valor a todo, y de un pueblo pequeño donde la cantidad y convivencia de culturas es enorme y estoy muy orgullosa de ello.

En mi cartografía, se pueden observar dos partes, podríamos decir que de la historia. Dos realidades muy diferentes que son completamente opuestas y que muchas veces no se entienden entre sí.

Está la parte de las ideas que se formaron antes de entrar en la carrera de Educación Social (especialmente cuando estudiaba Ciencias de la Actividad Física y el Deporte) y antes de entrar de lleno al mundo laboral. Esa parte que podríamos llamarla del día y que es preocupada, responsable, educada y se podría decir que se mantiene un poco al margen. ¿Qué quiero decir con esto? No acaba de mojarse del todo en nada; opina, pero de forma superflua porque tampoco tiene una idea formada acerca de la realidad. Esta parte también se enfada, pero como se lo explico a mis compañeras “todo queda en conversaciones de cafetería”. Esta parte es una parte positiva, que cree que el mundo es un sitio bueno y confía en la humanidad de la gente, que sabe que existen desigualdades, pero no lo llega a ver reflejado directamente en ningún sitio cercano a ella.

Por otro lado, procedemos a describir la parte de la noche. Una parte que empezó a cobrar forma cuando empecé a estudiar educación social y que ha hecho que sea capaz

de ver que el mundo no es tan bonito como yo creía. Esa parte que ve las desigualdades y se enfada por ello y que está intentando que su paso por el mundo sirva para, aunque sea, ayudar un poquito a alguien que lo precise. Una parte que vive enfadada, con el mundo, con la política, pero también con la carrera que está estudiando, considerando que se queda en la superficie de los problemas y que sigue siendo un trámite con el que conseguir un papel. Una parte que crea nudos constantes de estómago y quebraderos de cabeza. Una parte que se está intentando formar todo lo posible y que está empezando a descubrir que las condiciones de su empleo van a ser precarias, a turnos y mal pagadas, pero que aun así ha descubierto que esta profesión es a la que se quiere dedicar. Ambas partes siguen compartiendo espacio y eso hace que en ocasiones los sentimientos y las emociones sean una montaña rusa.

Ambas partes seguirán compartiendo espacio e intentando aproximarse con el paso del tiempo para fusionarse sólo en una, lo más estructurada y sólida posible, que integre todos los conocimientos aprendidos a lo largo de los años tanto formal como informalmente.

Para finalizar, sigo sin quedarme satisfecha con el relato que he desarrollado, pero he intentado que sea lo más personal posible.